



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

ENSEÑANZAS DE LAS LETANÍAS DEL CORAZÓN DE JESÚS

Os comparto una reflexión que he titulado *Enseñanzas desde las letanías del corazón de Jesús*.

Lo primero, ¿qué son las letanías? Las letanías son un tipo de oración de súplica o de petición de intercesión. Son muy antiguas en la Iglesia, ya tenemos noticias de ellas, se hacían procesiones litánicas allá por el siglo quinto, el siglo sexto. Las letanías más conocidas son las letanías lauretanas, que son las que se rezan en el rosario; esas letanías son muy conocidas para nosotros. También son conocidas las letanías de los santos, que son las que se suelen rezar en la en las ordenaciones sacerdotales.

En este caso, las letanías del corazón de Jesús, aunque hay distintas versiones, la más conocida es la aprobada por el papa León XIII en el año 1899, que son, prácticamente, digamos, las letanías que Santa Margarita María de Alacoque solía rezar, la santa salesa francesa a la que el corazón de Jesús se le reveló, que recibió las revelaciones del corazón de Jesús, y la que intercedió para que se instituyese la solemnidad litúrgica del Sagrado Corazón de Jesús. Por cierto, tengo el honor de, en este pectoral de obispo, en la parte de atrás, tengo aquí una reliquia de Santa Margarita María de Alacoque.

Las letanías son del corazón de Jesús, son 33 invocaciones como recuerdo de los 33 años de la vida terrena de Jesús. Hay que decir que San Juan Pablo II dijo lo siguiente, "estas letanías son una oración de veneración y de auténtico diálogo". Esta oración rezada y meditada, decía San Juan Pablo II, se convierte en una verdadera escuela del hombre interior, escuela del cristiano. Repito: escuela del hombre interior. Conociendo el interior de Jesucristo cultivamos nuestro propio interior. ¿Cuál es nuestra escuela de madurez? No lo dudamos, nuestra escuela de madurez es el corazón de Cristo.

Antes de ponerme a hablar de esas letanías, ¿sabéis lo que voy a hacer? Las voy a rezar, porque quien no las haya escuchado nunca, antes de hablar de ellas conviene que las escuche, Y quienes las conocemos, pues aprovechamos para introducirnos con esta oración. Estas son las 33 letanías. A cada una de ellas se le responde como se hace en la en las letanías, "ruega por nosotros".

Corazón de Jesús, Hijo del eterno padre, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen madre, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, unido sustancialmente al verbo de Dios, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, de majestad infinita, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, templo

santo de Dios, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, morada del altísimo, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, horno ardiente de caridad, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, mansión de justicia y amor, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, lleno de bondad y amor, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, digno de toda alabanza, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, rey y centro de todos los corazones, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, en quienes están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, en quien habita toda la plenitud de la divinidad, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, en quien el Padre tuvo sus complacencias, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, deseo de los eternos collados, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, magnánimo con todos los que te invocan, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, fuente de vida y santidad, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, saciado de oprobios, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, desgarrado por nuestros delitos, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, traspasado por una lanza, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, víctima por los pecadores, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, salvación de los que en ti esperan, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, esperanza de los que en ti mueren, ruega por nosotros. Corazón de Jesús, delicia de todos los santos, ruega por nosotros.

Estas son las 33 letanías del corazón de Jesús en recuerdo de los 33 años de la vida terrena de Jesús entre nosotros. Como os he dicho, San Juan Pablo II dice que encontramos en estas letanías, en estas invocaciones, una verdadera escuela del hombre interior. Seamos buenos alumnos, y como buenos alumnos, a intentar recibir toda esta enseñanza. Toda una parte de esta enseñanza de estas letanías. Yo me voy a fijar en algunas letanías, extrayendo de ellas esa gran enseñanza que nos forma, nos madura interiormente.

En primer lugar, muchas de estas letanías subrayan la humanidad de Jesucristo. Por ejemplo, "corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen madre", La espiritualidad del corazón de Jesús subraya la encarnación, verdadero hombre. La humanidad de Jesús es nuestro puente de unión con el Padre. Sin la humanidad de Jesús sería imposible que tuviésemos la intimidad que podemos tener con Dios padre, porque Jesús, habiendo tomado, nuestra condición humana, se hace interlocutor nuestro. Es difícil tener una relación de amistad sin poder verle, palparle, gracias a la encarnación ha podido establecer esa relación con nosotros.

La referencia, cuando hablamos del corazón de Jesús, no es sino una referencia emblemática a la humanidad de Jesús en su conjunto. Decir que confío en el corazón de Jesús es confiar en la encarnación, en la cercanía que Dios ha mostrado en la encarnación. Somos hijos en el Hijo gracias a que él se ha encarnado, el Verbo se ha encarnado, ha tomado nuestra condición humana. Y entonces es como si nos hubiese introducido en la relación que él tiene con Dios padre. Es como un injerto, Hemos sido

por la encarnación injertados en esa relación que Jesús tiene con el padre. Luego, la devoción al corazón de Jesús lo primero que subraya es la humanidad de Jesús.

Fuimos creados a imagen y semejanza de Dios, sí, pero la encarnación hace que esa imagen y semejanza sea mucho más visible. Jesús ha sido moldeado por el Espíritu Santo en el seno de María, ha sido educado por María y José, en la intimidad máxima de la visión beatífica que Jesús tiene con el Padre. Moldeado por el Espíritu Santo, educado por José y María y en esa intimidad que Jesús tiene con el Padre, así es como Jesús se ha mostrado a nosotros. Siguiendo el ejemplo de Jesús, siguiendo este referente, nuestro corazón está llamado a ser moldeado por el Espíritu Santo, dócil a la voz de María y de José, y tener la intimidad de gracia con Cristo en la en nuestra oración.

Por lo tanto, lo primero que subraya la devoción al corazón de Jesús, claramente remarcado en las letanías, es la humanidad de Jesucristo, que hace que podamos tener esa intimidad con Dios, porque él ha tomado carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre. Entonces se produce ese gran milagro. El Espíritu Santo formó en el seno de María el corazón de Jesús. Luego, el corazón de Jesús, ya adulto, cuando fue traspasado por lanza, infundió el Espíritu Santo en el mundo, y ese Espíritu Santo que infundió el corazón de Jesús traspasado por una lanza, ese Espíritu Santo forma en nosotros un corazón a imagen del corazón de Jesús.

En segundo lugar, las letanías del corazón de Jesús no solo subrayan la humanidad de Jesucristo, también subrayan la divinidad de Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios. Por ejemplo, dice las letanías: "corazón de Jesús, unido sustancialmente al verbo de Dios", "corazón de Jesús, en quien habita toda la plenitud de la divinidad". Verdadero Dios y verdadero hombre, a esa unión se le llama unión hipostática, la unión hipostática del verbo con la humanidad. Igual que nosotros, tenemos cuerpo y alma, Jesús es el verbo que asume la humanidad. Pero esto no tenemos que verlo como una doble personalidad, Jesús no tenía una doble personalidad; eso sería una herejía, que esa herejía existió. Jesús tiene una única personalidad, es una persona divina pero que ha tomado plenamente también la condición humana.

En Jesús Dios ama, sufre y goza humanamente. Y en Jesús el amor de un corazón humano tiene una intensidad infinita, es divino. Dios ama humanamente y un corazón humano ama divinamente, las dos cosas ocurren al mismo tiempo. Como es hombre, me entiende perfectamente, me comprende; y como es Dios, puede salvarme. La doble condición humana y divina está plenamente subrayada, en esta en esta devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Las letanías del corazón de Jesús nos educan en la conciencia de la trascendencia de Dios. Por ejemplo, dice una letanía: "corazón de Jesús, de majestad infinita". Nuestra cultura, que está impregnada de la crisis de la autoridad, de la crisis de la paternidad, que está infectada del virus del igualitarismo, que minusvalora plenamente, toda esa imagen de la de la majestuosa majestuosidad de Dios, tiene que ser educada, porque ante Dios tenemos que conmovernos por su majestad, por el infinito poder de Dios, por la infinitud de Dios. Dios es trascendente y es immanente al mismo tiempo. O sea, es inabarcable, grandioso, majestuoso, el cielo y la tierra no son capaces de contenerle; y al mismo tiempo es immanente, es decir, es cercano, accesible, es carne de mi carne y

sangre de mi sangre, más íntimo a mí que mi propia intimidad. Es trascendente y es inmanente, y ambas cosas se subrayan en la en la teología del corazón de Jesús.

Entonces, esa oración que dirigimos al corazón de Jesús es el encuentro entre la sed de Dios. Dios tiene sed del hombre y el hombre tiene sed de Dios. En la oración se encuentran ambas cosas: la sed de Dios que tiene de nosotros y nuestra sed de Dios se encuentran en esa invocación al corazón de Jesús. Entonces llegamos a una espiritualidad maravillosa, en la que podemos llegar a decir que en esa confluencia de trascendencia e inmanencia, dice una letanía: "corazón de Jesús, rey y centro de todos los corazones". ¿Cuál es nuestra visión? ¿La visión nuestra es teocéntrica o antropocéntrica? ¿Mi cosmovisión de la vida cómo es, está Dios en el centro o el hombre en el centro? La presunción antropocéntrica de quien pretende poner a Dios en el centro del mundo, según la cual el hombre es capaz de salvarse a sí mismo hasta el punto de habernos condenado al nihilismo. Hay que decir que la pretensión del antropocentrismo de explicar todo el cosmos por el yo, por mi yo, es un desastre. En el fondo es un poco como dice Descartes: "pienso, luego existo".

En el fondo la verdadera visión es distinta. Yo, con perdón, de Descartes, creo que hay que formularla diciendo: "soy amado, luego existo". "Pienso, luego existo" es una pretensión de antropocentrismo, todo el mundo comienza a mí y termina en mí. No. "Soy amado, luego existo", porque he sido amado, luego lo cierto es que es la visión teocéntrica la que responde a la verdad de la vida, no la antropocéntrica. Yo existo porque he sido amado. Hay que decir que, además, cuando se ha puesto al hombre en el centro en este antropocentrismo de "pienso, luego existo", no es verdad que al final haya sido el hombre al centro; más bien ha sido el materialismo el centro del mundo, el tecnocentrismo ha sido el centro del mundo. Hoy en día se está poniendo de moda que el ecocentrismo, la ecología sea el centro del mundo. Perdón, el centro de la cosmovisión es Dios. Por lo tanto, lo lógico, lo que responde a la verdad es una visión teocéntrica, pero que, al haberse encarnado Dios, al mismo tiempo, pone al hombre en el centro, porque en el fondo nosotros ¿qué somos, teocéntricos o antropocéntricos? Somos cristocéntricos, y en Cristo al mismo tiempo Dios está en el centro y el hombre está en el centro, porque Dios se ha encarnado. Entonces es maravilloso, es una visión en la que se integra lo humano y lo divino y somos dignificados por la encarnación de Jesucristo.

Entonces, ¿por qué somos cristocéntricos? La verdad es que hay otras letanías que nos lo explican: "corazón de Jesús", dice una, "en quienes están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia", "corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes". Somos cristocéntricos porque todo lo aprendemos de él, porque todos los dones del Espíritu Santo habitan en el corazón de Jesús, esos dones del Espíritu Santo de los cuales nos habla el capítulo 11 de Isaías, el espíritu de sabiduría, de ciencia, de entendimiento, de consejo, de fortaleza, de piedad, de temor de Dios; todos esos dones del Espíritu Santo están en Jesús, en el corazón de Jesús. Además, también es él es la escuela de todas las virtudes. Dice una letanía: "abismo de todas las virtudes". Dice Mateo 11:29: "aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Todas las virtudes las encontramos en Jesús: su prudencia, justicia, fortaleza, templanza. Es impresionante. Podíamos hablar de cada una de estas virtudes del evangelio. Por ejemplo, cuando Jesús dice: "dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", la prudencia de Jesús es impresionante. La templanza, cuando le dice a aquel soldado que le había

golpeado: "si he hablado mal, dime en qué he hablado mal; y si no, ¿por qué me pegas?". Todas las virtudes las vemos reflejadas en Jesucristo.

Por ejemplo, dice también otra letanía: "corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia". Impresionante ver cómo en Jesús se conjuga la paciencia, ser paciente y ardiente, cosa que suele ser difícil conjugar. Hay personas que más que paciencia lo que parece es que tienen sangre de horchata, como se dice, o que no tienen; pero otros, más que ser ardientes, son unos ansiosos. ¿Cómo se conjuga ser paciente y ardiente? Así es el corazón de Jesús, y vemos textos en los que, por ejemplo, Lucas 9:55: "Señor, ¿quieres que baje fuego del cielo y los consuma?". Y volviéndose los reprendió y los dijo: "no sabéis de qué espíritu sois", Jesús es paciente, tiene paciencia y no arranca esa vid que no había dado fruto, sino dice: "déjala". Pero al mismo tiempo es ardiente, y dice Lucas 12:49: "he venido a arrojar fuego a la tierra, y ¡ojalá estuviera ya ardiendo!". Paciente y ardiente.

Dice: "corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia". El corazón de Jesús es para nosotros auténtica escuela de misericordia, que, por cierto, la misericordia no es puro emotivismo, como hoy en día muchas veces nos parece pensar. No es puro emotivismo o relativismo, porque muchas veces hoy en día por misericordia se entiende: "si no pasa nada, si Dios es misericordioso", y muchas veces se confunde misericordia con relativismo. No, no es cierto. La misericordia del corazón de Jesús es un amor que se derrama sobre el mísero, es una gracia regeneradora. O sea, la misericordia de Dios no es que le damos pena y entonces, no nos acusa. No, es una gracia regeneradora, es capaz de volvernos a nacer de nuevo. La misericordia de Dios es un amor que recrea. Dios nos ama tal y como somos, pero no nos deja como nos encuentra, nos cambia según la medida exigente de su amor. Dicho de otra manera: Dios nos quiere como somos, pero nos sueña distintos, y nos da la gracia para poder ser santos. Esta es la verdadera misericordia. La misericordia es volver a nacer de nuevo.

El corazón de Jesús se presenta las letanías como nuestro Redentor. No sólo como causa ejemplar, porque en estas letanías que he comentado hasta ahora, cuando se dice que escuela de todas las virtudes, paciente, misericordiosa, hay algunas hay algunas letanías que hablan de Jesús como modelo a imitar, como causa como causa ejemplar; pero hay otras letanías que subrayan que él es causa eficiente, es decir, es nuestro Redentor. Por ejemplo, cuando dice: "corazón de Jesús, saciado de oprobios", "corazón de Jesús, desgarrado por nuestros delitos", "hecho obediente hasta la muerte", etcétera. Todas las letanías que hacen referencia a la pasión de Jesucristo están subrayando en cómo la pasión de Cristo nos ha redimido. Es decir, esa ese cántico de Isaías, el cántico del siervo de Yahvé que está en el capítulo 53 de Isaías, de cómo desfigurado no parecía hombre, nos está hablando del drama de la pasión, que el propio estudio de la Sábana Santa de Turín también nos ha ayudado a entender lo que es el drama de la pasión, de que Jesús sea triturado, y que haya ofrecido al padre ese sacrificio por nuestra redención, por nuestra purificación. Y que también, además de los sufrimientos físicos, haya asumido la traición del amigo, de Judas; de que todos los discípulos huyesen y le dejasen solo; de que en Getsemaní llega a decir el texto: "empezó a sentir espanto y angustia. Y decía: mi alma está triste hasta la muerte, quedaos aquí y velad conmigo", hasta llegar a sudar gotas de sangre, hasta llegar a exclamar con el salmo 22: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Las letanías del corazón de Jesús subrayan cómo Jesús ha sufrido la máxima prueba como

expresión inequívoca, porque nadie puede dudar del amor de quien ha sido capa de sufrir así por nosotros. Dice Hebreos, 4:15: "no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino que ha sido probado en todo, en todo por nosotros".

Las letanías del corazón de Jesús subrayan que, aunque todas esas letanías que hacen referencia a la pasión son reflejo de la redención, pero, en el fondo, lo que nos ha redimido no es tanto el sufrimiento de Jesús, sino su obediencia. Por eso hay una letanía clave que dice: "corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte". Lo que nos ha redimido es el *sí* de la voluntad humana de Jesús al padre. Jesús se hizo hombre para, desde la naturaleza humana, desde una voluntad humana, poderle decir un *sí* a Dios padre, porque, precisamente, el pecado original había consistido en la desobediencia a Dios. Pecado original es un pecado de desobediencia, desconfianza hacia Dios. Es un engaño del maligno en el que nos lleva a desconfiar y a desobedecer a Dios. Y desde ese pecado original hay una pugna en el corazón del hombre entre la obediencia a Dios, entre la confianza a Dios y nuestra voluntad y nuestra soberbia, el hacer mi voluntad. Entonces yo ¿por qué pugno? Y por eso es tan importante que el corazón de Jesús nos enseñe a confiar, y por eso es tan importante la invocación: "en vos confío". Confiar en el corazón de Jesús como el corazón de Jesús ha confiado en Dios padre, ha dicho "sí". Es decir, un corazón humano ha dicho "sí" a la voluntad del Padre, ha hecho un acto de obediencia plena hasta la muerte. Y si por la desobediencia nos vino la muerte, por la obediencia de Cristo nos ha venido la vida. Luego es él el que nos ha enseñado a decir "sí", a confiar, por eso es tan importante la jaculatoria: "Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío".

Doy un paso más, creo que muy importante. Hay una letanía que dice: "corazón de Jesús, traspasado por una lanza". Como sabéis, este episodio del corazón traspasado por lanza está en el Evangelio de San Juan. Para entender todo lo que significa este episodio, es muy curioso ver cómo precisamente el Evangelio de San Juan ese episodio (que sólo lo narra San Juan), lo pone en un momento en el que los evangelios sinópticos, Marcos, Mateo y Lucas, contaban otra cosa: contaban que en el momento de la muerte de Jesús se produjo como un terremoto y que el velo del templo se rasgó. En el templo de Jerusalén había un lugar que era máximamente sagrado, era el *Sancta Sanctorum*, era un lugar en el que no podía penetrar el hombre, que estaba tapado por un gran manto que cubría ese lugar. El hombre no podía entrar ahí, era el lugar en el que habitaban la divinidad; el hombre no podía entrar allí porque moriría. Era como lo que velaba el misterio que es inaccesible al hombre. Pues bien, según los evangelios sinópticos, en el momento de la muerte de Jesús se rompe el velo del templo y queda al descubierto. Eso, para el mundo judío, era un signo que no sabían cómo interpretarlo. Curiosamente, el Evangelio de San Juan, en ese momento, en vez de narrar ese terremoto y que el velo del templo se rasgó, narra cómo el soldado, que luego la tradición le llama Longinos, atraviesa con su lanza el corazón de Cristo. Y ese corazón de Cristo abierto, ese corazón abierto, es imagen de ese misterio de Dios que ha sido desvelado, es como el velo del templo que se rompe, es el misterio inaccesible de Dios se ha abierto, ya no hay secretos entre Dios y el hombre. La revelación ha llegado a su plenitud. Jesús puede decir: "a vosotros no os llamo siervos, os llamo amigos, porque todo lo que el Padre me ha dicho yo os lo he comunicado a vosotros". O sea, no hay secretos entre Dios y nosotros, es la revelación, Dios se revela, Dios se descubre. Por eso esta letanía, "corazón de Jesús, traspasado por una lanza", es potentísima, porque nos está hablando de que esa imagen del corazón de Jesús traspasado es recordar que la puerta para acceder a Dios está abierta. La puerta, que era inaccesible para el

hombre, está abierta. Jesús es la puerta, la humanidad de Jesús es la puerta, está simbolizada en ese corazón traspasado. Sabemos bien que para pasar por esa puerta hay que hacerse pequeño, porque los soberbios no entran por esa puerta, entran los humildes por esa puerta, pero esa puerta está abierta para que sea traspasada. Entonces fijaros la potencia de esta letanía.

Seguimos adelante, porque primero hemos hablado de las letanías que hablan de la condición humana, de la condición divina de Jesucristo; luego hemos hablado de la trascendencia, de la inmanencia, de cómo el corazón de Jesús es, para nosotros, modelo de todas las virtudes; luego hemos llegado a hablar de la redención, de cómo Jesucristo nos redime a través de su pasión, de cómo es el sí de Cristo al padre, la obediencia de Cristo la que nos redime; cómo en el corazón abierto de Jesús está expresada la puerta abierta, la revelación de Dios que viene a nosotros para que nosotros vayamos a Él. ¿Y ahora qué nos queda? Seguimos adelante con las letanías y llegamos a la letanía que dice: "corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra". Las letanías no sólo hablan de la muerte redentora de Cristo, sino que llegan también a la a la resurrección: "corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra", porque la resurrección es la aceptación del Padre a la ofrenda de su hijo. Nosotros participamos en la Pascua de la muerte y resurrección de Jesús, también participamos de su resurrección. Cristo es vida y resurrección nuestra, nosotros ya hemos resucitado con Cristo ya aquí, en esta vida.

Una filósofa llamada Elsa Punset escribió un artículo, hace ya unos años, con un título impactante, el título de su artículo era: *¿Hay vida antes de la muerte?* Era un título un poco provocativo, porque todos sabemos que lo típico es preguntar: ¿hay vida después de la muerte? Pero ella iba por otro lado, ella iba como diciendo: ¿hay vida antes de la muerte? ¿A qué se estaba refiriendo ella? A que esta vida sin Dios, esta vida de una sociedad materialista, al final está llevando a que tengamos una vida mortecina, a que seamos como zombies arrastrados por nuestras adicciones, atrapados en nuestras adicciones, completamente manipulables por el pan y circo de cada tiempo. Entonces la pregunta es: ¿hay vida antes de la muerte?, ¿se puede vivir una vida en plenitud, se puede vivir esa vida? Sí, hay vida antes de la muerte, que es unirnos a la resurrección de Jesucristo. Dice San Pablo: "si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo sentado a la derecha del Padre". O sea, que estamos llamados a vivir una vida resucitada aquí y ahora, que será la antesala de la vida eterna después de nuestra muerte. Por eso dice la letanía: "corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra". ¿Cómo podemos percibir que tenemos una vida resucitada? Hay signos. Por ejemplo, la paz y la alegría interior. Pero la paz y la alegría interior en mi vida no en un momento, en un día, no sólo el viernes por la noche, sino también el lunes por la mañana. La paz y la alegría interior, de quien sabe que está en presencia de Dios y que Dios es mi tesoro. Por ejemplo, el juicio de misericordia hacia el prójimo, mirar a los demás con un juicio de misericordia, no juzgándoles sino amándoles; eso es un signo de haber resucitado con Cristo. Otro signo de haber resucitado con Cristo es la perseverancia, o sea, no cansarnos de permanecer en donde Dios nos haya plantado, diciendo: "yo estoy donde Dios me ha puesto y aquí sigo, mientras que esté en esta vida seré fiel y seguiré, y disfrutaré del lugar donde Dios me haya puesto". Otro signo de vida resucitada, por ejemplo, es vencer el miedo a la muerte. Luego creo que es muy importante que no solamente reconozcamos a Jesucristo como quien, por su muerte y obediencia al Padre nos ha obtenido el perdón de nuestros pecados, sino que recibamos de Él una vida resucitada. Por eso repito, esta letanía: "corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra", y le pedimos: "yo quiero una vida resucitada, una vida con

él, con paz y alegría interior, una vida con una mirada de misericordia a mi prójimo, una vida en la que tenga perseverancia y no me canse de ser fiel, una vida que en la que venza el miedo a la muerte".

En toda esta especie de elección que he hecho entre las 33 letanías, para que así entendamos un poco el hilo conductor que existe entre ellas, he elegido como la última para comentar la siguiente: "corazón de Jesús, fuente de todo consuelo". Nosotros solemos decir, cuando nos ponemos el Santísimo Sacramento: "nos diste el pan del cielo que contiene en sí todo deleite". Creo que el corazón de Jesús nos quiere educar para aprender a disfrutar de la gracia de Dios. La gracia de Dios tiene que ser disfrutada. Un pecado en nuestra vida suele ser el no disfrutar de los dones de Dios. Por ejemplo, que uno viva en gracia de Dios, es decir, que no esté en pecado mortal, y que no sea feliz, es de juzgado de guardia, a ver si me explico. Es que es de juzgado de guardia. Lo lógico es que uno disfrute del don de Dios, que el corazón de Jesús sea fuente de todo consuelo. Si Dios está conmigo, yo ¿qué más estoy esperando para ser feliz? A ver, que Dios viva en mí, que sea templo del Espíritu Santo, que viva en gracia y que viva esperando no sé qué para ser feliz, pero ¿qué estás esperando si lo tienes todo en Dios? Esta es la clave.

A veces el demonio nos tienta por aquí, por no disfrutar de los dones de Dios, no gozar de ellos. A veces en esta vida nos sacrificamos, luchamos por nuestros hijos, luchamos por la familia, intentamos hacer las cosas bien y luego no las disfrutamos. Si os fijáis, es el origen del pecado del hijo pródigo y también del hermano mayor, que cuando vivían en la casa del Padre no disfrutaban de estar en la casa del Padre. Pero ¿cómo es posible que en vez de gozar de que estás en la casa del Padre estés mirando a través de la cortinilla de la ventana a ver qué es lo que hay fuera?, pero si estás en la casa del Padre, si ahí lo tienes todo.

Por eso es tan importante recibir el consuelo. La palabra consuelo, en nosotros, a veces tiene una reminiscencia que nos confunde, porque solemos decir: "premio de consolación, ya que no he obtenido lo que quería, pues premio de consolación; consuélate con esto". No. Ese no es el sentido de la palabra consuelo. La palabra consuelo es que el don de Dios colma todas mis expectativas. O sea, que está llevando a plenitud el deseo del hombre. Y ese consuelo que recibo de Dios, esa fuerza interior ese ser confirmado la gracia, sentirme confirmado, ese es el consuelo. Dios te dice: "disfrútalo, estás en gracia de Dios, Dios te permite hacer el bien, disfrútalo". Es sentirme confirmado, recibir la consolación de Dios. Eso que yo recibo, un signo de que he recibido la consolación es que yo la comparto. Dice segunda Corintios, capítulo primero, versículo cuarto: "bendito sea Dios, padre de nuestro señor Jesucristo, padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación hasta el punto de poder consolar nosotros a los demás en cualquier lucha". Dios me da la consolación hasta el punto de poder consolar a los demás en cualquier lucha, o sea, cuando uno recibe la consolación de Dios, la recibe en abundancia, no sólo para él sino para poderla también compartir con los demás. El corazón de Jesús no nos da un don en plan intimista, en el mal sentido de la palabra, como que es para mí, yo me lo reservo; no, el corazón de Jesús te da la gran consolación para que tú la para que tú la repartas. Decía el papa Francisco, que la misión de la Iglesia consiste en experimentar la consolación y compartirla con los demás. Experimentas cómo Dios te ha hecho feliz, te ha dado la paz, y lo compartes con los demás, por eso dice: "consolad a mi pueblo, consolad".

Ahora bien, voy a decir una cosa: no confundamos la consolación de Dios, como que Dios está siempre dándonos nuestro gusto, porque muchas veces la consolación de Dios viene también después de haber mortificado nuestros gustos, nuestras apetencias, los planes que teníamos; pero al final Dios te quiere más y mejor de lo que tú te quieres a ti mismo, y Dios te dará la gran consolación. Cristo primero libera y luego consuela, y cuando te libera a veces te mortifica, porque para liberarte, como estás apegado a ciertas cosas y te tiene que despojar de ellas, a veces para liberarte, te escuece. Cristo primero libera y luego consuela, recibes la consolación por haber sido liberado. Ahora, a veces como digo, la liberación pues con la liberación de quien está preso, a veces es costosa. Por eso esa consolación la tenemos cuando lloramos nuestros pecados. Llorar nuestros pecados es una gran consolación, porque es una experiencia de un amor que te reconstruye, y te hace nuevo. Por eso me atrevo también a proponeros como una culminación de estas letanías al corazón de Jesús esta última, fuente de todo consuelo.

Concluyendo, yo os animo os animo a que os acerquéis también a ese rezo de esas 33 letanías del corazón de Jesús que hemos hecho la invocación al comienzo, pues en honor en recuerdo de los 33 años que Jesús vivió entre nosotros, en las que descubrimos una intimidad a la que estamos a la que estamos siendo llamados. Voy a volver a voy a volver a leer lo que San Juan Pablo II dice de estas letanías: "esta oración rezada y meditada de las letanías se convierte en una verdadera escuela del hombre interior. Conociendo el interior de Jesucristo cultivamos nuestro propio interior". ¿Cuál es nuestra escuela de madurez?, pregunta el papa. La escuela de madurez es el corazón de Cristo. Por eso os invito, a centrar nuestra mirada en él y pedirle participar, de esa gran escuela en la que Jesús nos quiere nos quiere enriquecer a todos. Por eso me parece que la mejor forma de terminar mi reflexión es con esta letanía: "Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío".